

sus heroicos esfuerzos y no consiguieron apoderarse de la artillería como pretendían en su arrojo. El éxito de la batalla fué en cierto modo dudoso, pero si se considera que el ejército de Blaser se retiró á Madrid quedando el de O'Donnell posesionado de Vicálvaro y la superioridad numérica de que antes hicimos mencion, debe más bien atribuirse el triunfo á los sublevados, por más que el capitán general Lara en el parte que dió de la batalla, se atribuye con arrogante jactancia una victoria que estuvo muy lejos de alcanzar. En este combate quedó herido y prisionero el coronel Garrigó, jefe del regimiento de caballería de Farnesio, y las pérdidas no fueron tan numerosas como en un principio se creyó.

El día siguiente, 1.º de Julio, las tropas libertadoras tomaron sosegadamente el camino de Aranjuez, en donde entraron el mismo día, permaneciendo allí acuarteladas hasta el día 4, esperando sin duda que el pueblo de Madrid secundára sus esfuerzos para caer sobre la capital. Los madrileños, sin embargo, aunque con sus simpatías acompañaban á los generales sublevados, no tenían una completa confianza en los propósitos que les habían movido á negar su obediencia al Gobierno. Los habían visto siempre unidos al partido moderado, en sus proclamas no ofrecían sino vagamente hacer algo por la causa de la libertad y en Madrid se creyó que solo se trataba de una sublevación militar para hacer un cambio de personas en el Gobierno, pero no en la marcha política del Estado. Por esta causa el pueblo de Madrid, tan arrojado cuando se trata de un pronunciamiento en sentido liberal, permaneció cruzado de brazos ante la actitud de los sublevados de Vicálvaro que no le daban seguridades de verificar un cambio radical en los negocios políticos y de quienes se sospechaba que continuarían la marcha gubernamental del partido moderado con ligeras modificaciones.

Así lo comunicó el comité revolucionario que se había establecido en la capital al general O'Donnell y á sus compañeros estacionados en Aranjuez, los que no pudieron menos de reconocer la verdad de estas observaciones, proponiéndose dar un programa político, explícito y liberal en la primera ocasión que las circunstancias le presentaran.

En la mañana del día 4 el ejército libertador, reforzado con dos compañías de infantería procedentes de Toledo, se puso en movimiento y vino á alojarse en Tembleque, habiendo cortado el puente del camino de hierro que comunicaba con la línea de Madrid, y después de descansar salió de nuevo en dirección de Manzanares. Seguía de cerca, pero sin querer llegar nunca á comprometerse en un encuentro, el general Blaser con las tropas que había sacado de Madrid, á pesar de la superioridad numérica con que contaba.

Confiaban O'Donnell y sus compañeros en que las provincias secundarían el alzamiento á que se habían arriesgado y en que los pueblos se levantarían á su paso y acudirían en tropel á reforzar su ejército, pero viendo el poco entusiasmo que excitaba su empresa hubieron de convencerse de que era necesario escitar el espíritu público con promesas más halagüeñas, proclamando abiertamente las doctrinas del partido progresista, como único medio de interesar á los liberales en la patriótica empresa de coadyuvar á la ruina de los gobernantes.